

**UNA IDEA
SOBRE LA SOLEDAD
EN
LA POESÍA DE JUAN RUIZ PEÑA**

POR MANUEL VILANOVA

Si ustedes van hacia la vida y su viaje por este mundo intenta dejar de ser un descanso, una bofetada en las piedras, o simplemente, si ustedes conciben abismos de promesas o con el primer dolor romántico les entró en la cabeza un hambre de vacíos inestables, es decir si ustedes quieren buscar los nudos y poner entre las noches la palabra, si ustedes quieren pasar por el mirador del ser total, como dijo el poeta, pongan ustedes a madurar sus sueños, vengan a descolgarse conmigo por este octubre lleno de alas de oro, vengan a tocar la puerta del mar, a esperarnos en el sueño, a ver la nieve en los tejados. Comprenderán ustedes por qué Juan Ruiz Peña es un poeta poblado por los álamos y su palabra lleva la cintura a tumbos por el mundo. La creación ya está madura para el sueño:

“Yo llevo dentro un mar
y sus olas levantan pensamientos”

Es Juan Ruiz Peña un poeta de una generación triste (tristeza, poesía y generación que en un cierto sentido condicionan totalmente nuestra palabra de hoy). Un poeta que como Merlau-Ponty en su generación no quiso quedarse en el “hubiera debido...” Un poeta que ha tenido que ir planteándose progresivamente todas las limitaciones que le echó encima su misma fecha de nacimiento. En cada una de ellas ha dejado su tributo limpio, preciso, generoso. Un poco con la consciencia del poeta que sabe que ha de hacer esto o aquéllo, pero también con la seguridad

de quien conoce su oficio y su camino. Y su generación es triste por esto, por todas las dificultades humanas que ha tenido, porque ha tenido que romper con muchas cosas, porque, empezando a ser hombres, vieron como los cañones rompían los juguetes de los niños.

Para la poesía, primero la superación de algunos tópicos del 98, la contemplación de las tierras y sus desenfoces, por ejemplo. Después, la necesidad de enfrentamiento con la herencia simbolista que se podría cifrar para nuestra lírica como un cierto intuicionismo del lenguaje poético. Más tarde la necesidad de enfrentamiento con las grandes creaciones del 27, y en esto a los miembros de esta generación les tocó la peor parte: un poco el ver como Eurídice tejía laberintos, la necesidad de destruir un lenguaje literario en el poema que justamente había nacido tras laboriosos intentos de creación y destrucción de otros lenguajes. De todo ello a la esterilidad, al sarmiento seco y sin voz, no había más que un paso. Y aquí es donde adquiere todo su valor el trabajo de este poeta. Todo su empeño ha sido hacer florecer la vida, pero ¿por qué caminos? Parece oportuno recordar ahora la vinculación de este poeta a Jorge Guillén. Por eso su empeño primero será el de asomarse a mirar el ser. Pero Juan Ruiz Peña no puede detenerse ahí. Y él es quizás quien mejor ha sabido recuperar los problemas que esta postura poética ha planteado en nuestra lírica actual. En su poesía el gozo y la alegría de la contemplación de la realidad están desbordados por un fuerte aliento que llena su palabra de la subjetividad de los sueños, de la subjetividad de las palabras. Si nos fijamos un poco en “Nudo” encontraremos en dónde se remansan sus encuentros.

Se adueña en un enfoque total de la agónica problemática de Unamuno; es la presencia de los problemas eternos del hombre:

“Por estas calles solo vagaría,
inmerso en vida densa,
pensando no morir, torturada la mente
por la duda...”

Es además uno de los pocos poetas de su generación que muestra una visión original de la obra de A. Machado. Y en verdad es un descanso, a uno ya empiezan a dolerle, a estar cansadas aquellas palabras de la **palabra en el tiempo**. Sabe acordarse de otras cosas, por ejemplo:

“Nadie ha sabido más del amor y la muerte,
poeta, el más humano”

Es la seguridad de su camino hacia la ensoñación fantástica dada a través de vivencias cotidianas. Y también lo es recordar como el silen-

cio de Gerardo Diego se hizo encendida palabra entre el temblor hondo de las aguas del río. Y adueñarse de Bécquer, pero del Bécquer “alado tejedor de sueños”, del poeta que piensa con el poeta que la libertad es “cadena que lamar a golpes de esperanza”. También su lectura de la obra de Rosalía:

“drama es la vida en sí y el alma es un enigma”.

Ha sabido leer bien Juan Ruiz Peña. Por ello ha sabido superar problemas. Aquí es donde se enfrenta con la palabra vacía, con la adjetivación gratuita, con la sencillez nacida de la pobreza, el simple nombrar las cosas porque no se sabe qué hacer con ellas. Graves vicios que ha prolongado su generación y que él ha tenido que plantearse como hemos tenido que planteárnoslos todos los poetas. Hay a este respecto dos influencias claras en la obra de Juan Ruiz Peña, hasta tal punto claras e importantes que casi me atrevería a afirmar que ellas han sido las que le han permitido escribir una obra tan seria como “Maduro para el sueño”. Kafka y Pavese son polos de actividad que recorre su interpretación creadora. Pero veamos qué encuentra en ellos: Kafka es el hombre que ansía medir huellas invisibles. ¡Y cuánto se acordaría Juan Ruiz Peña con este lenguaje de ahora del Cernuda de siempre!:

“escribir es el acto que llena nuestras almas
y en él reconocemos nuestras limitaciones
pero igualmente hallamos la hondura del deseo,
y en la imaginación volamos como bólidos,
de un sueño que no fuera verdad ni inventado,
inmortal es la vida como el hombre es el nudo
de las propias acciones, fruto es la poesía
de las cimas...”

Este es el primer eslabón de su “cadena indestructible”, atadura que quizás comienza en Beaudelaire.

Sin duda alguna hay un acto de humildad que termina de definir la constancia, la honradez, la sinceridad, la honda poesía de Juan Ruiz Peña; está en su “Monólogo interior con Cesare Pavese”:

“Qué difícil mi verso después de haberte oído,
cómo escribir ahora como antes lo hacía”,

Y ahí una revisión total de su obra. La consciencia de que algo limita las palabras, el eterno problema del poeta. La nueva concepción de nuestras fuentes literarias, la ruptura con los tópicos, la superación del entusiasmo vital, el abandono del solo intuicionismo, la posesión del amor y la muerte, la ruptura con los esquemas del falso realismo:

“somos más, abismos son los sueños,
realidad confusa el ser y la apariencia,”

Estos versos indican claramente cómo se rompe uno de los dos procesos que sostienen la meditación del poeta pues el análisis mental queda superado por la volición afectiva. De ahí esa necesidad de soñar como única manera de poder poseer la realidad confusa, el ser y la apariencia. Por eso el poeta está condenado a la soledad (en este sentido es interesante recalcar la gran cantidad de alusiones directas a la soledad que hay en la obra de Juan Ruiz Peña). Quizás por todo ello está el poeta maduro para el sueño. Así, basándose en la ruptura de esos dos procesos se desarrolla la historia temática del libro: las pasiones del poeta que más que al desahogo y al grito, propio de la técnica mecanicista que parece atraerle en ciertos momentos, responden a la ruptura de la meditación, dada por ello ya no a través de procesos narrativos sino más bien emotivos:

“No sé narrar, os digo,
ni quiero, sé crear.
descifrar mi interior,”

En donde la volición afectiva cubre claramente el proceso meditativo. Esta volición aparece volcada hacia la posesión del mundo en torno, hacia la realidad que rodea el poeta. Se coloca así nuestro creador en la frontera del camino a que le ha conducido su trabajo, su oficio, su esfuerzo cotidiano, está ante “la realidad o el sueño”. Ahí se centra el problema de su poesía: si el hombre fuera capaz de superar esos límites “la vida tendría sentido”. De ahí que el segundo aspecto temático a resaltar en su obra corresponda al dominio de la naturaleza, a lo que podríamos llamar una carga sentimental en la que se refleja la historia romántica de su sensibilidad:

“Descendí, hendía el sueño
una voz desventurada,”

Desde un polo a otro la actividad poética del creador recorre o bien los mecanismos excitadores de poesía y por tanto las acumulaciones sentimentales, (los momentos que Alberti definiría como el andaluz solo del otro lado del río):

“...lo pasado
a los dioses restituyo;
amor, libertad, nostalgia,
nadie camina seguro.”

O bien los momentos de aislamiento heredados de las auténticas es-

téticas distanciadoras (Brecht, Cernuda, Butor, Frisch, etc.) y del existencialismo; con ello quizás también un sentido ético situacional:

“Por las estancias desnudas
desasida iba mi alma,
desasida de todo
para buscarse en la nada”

No parece excesivo, pues, el afirmar que “Maduro para el sueño” es el libro de un poeta que intenta hacer reflexivos ciertos procesos de mecanicismo a que se somete la palabra dentro de un intenso intuitivo y onírico de apropiación del mundo cuya única respuesta es la soledad:

“Yo, que de lejos vine
por renovar el tacto y dar gusto a los ojos,
por llenar con luz nueva mi soledad de siempre,”

Por ello, la culminación de su obra es un logrado tono hondamente personal y en su voz se abre un camino interesante para todos nosotros. Es un poeta que ha sabido hacer materia de la falta de eternidad y de la falta de felicidad. Es un poeta que ha superado, también dentro de moldes clásicos, ciertas concepciones tradicionales, ya casi defectos, de nuestra poesía de hoy. Si a todo ellos añadimos la vaciedad de muchas de las palabras poéticas de su generación comprenderemos por qué quiere esperarnos en el sueño y por qué nosotros debemos entender cómo la soledad es el único camino capaz de sumergirnos en los misterios de la naturaleza. En fin, si ustedes vienen conmigo a los tejados llenos de nieve comprenderán por qué Juan Ruiz Peña es un poeta poblado por los álamos.